

## EL SUEÑO DE LA BELLA CARNICERA

*El deseo del Otro*

*El deseo insatisfecho*

*El deseo de otra cosa*

*El deseo tachado*

*La identificación de Dora*

Si las cosas del hombre, algo de lo que en principio nos ocupamos, están marcadas por su relación con el significante, no se puede usar el significante para hablar de estas cosas como se usa para hablar de las cosas que el significante le ayuda a plantear. En otras palabras, ha de haber una diferencia entre la forma en que hablamos de las cosas del hombre y la forma en que hablamos del resto de las cosas.

Hoy día sabemos de sobra que las cosas no son insensibles al enfoque del significante, que tienen relación con el orden del *logos*, que esta relación ha de ser estudiada. Podemos, más que nuestros antecesores, percatarnos de que el lenguaje penetra las cosas, las surca, las agita, las trastorna por poco que sea. Pero en fin, en el punto en que nos encontramos ahora, sabemos, o al menos suponemos, que, si no estamos equivocados, las cosas, por su parte, no se han desarrollado en el lenguaje. Al menos, de eso se partió para el trabajo de la ciencia tal como está constituida actualmente para nosotros, de la ciencia de la *physis*.

Pensar, de entrada, en castigar al lenguaje, es decir, reducirlo al mínimo necesario para que pueda hacer presa en las cosas, es el principio de lo que se llama la analítica trascendental. En suma, se las han arreglado para despojar todo lo posible el lenguaje — no del todo, por supuesto — de las cosas en las que estaba profundamente comprometido hasta una determinada época, que corresponde aproximadamente al comienzo de la ciencia moderna, para reducirlo a su función de interrogación.

Ahora todo se complica. ¿Acaso no constatamos singulares convulsiones en las cosas que, desde luego, no carecen de relación con la forma en que nosotros las interrogamos? — y, por otra parte, curiosos callejones sin

salida en el lenguaje, que, cuando hablamos de las cosas, se nos vuelve estrictamente incomprensible. Pero eso no nos concierne. Por nuestra parte, nos ocupamos del hombre. Y aquí, quiero advertirles que hasta ahora el lenguaje para interrogarlo no ha sido despejado.

Lo creemos así cuando sostenemos sobre las cosas del hombre el discurso de la Academia o de la psicología psiquiátrica — hasta nueva orden, es lo mismo. Nosotros mismos podemos advertir suficientemente la pobreza de las construcciones a las que nos entregamos así como, por otra parte, su carácter inmutable, porque en verdad, después de un siglo que se habla en psiquiatría de la alucinación, casi no se ha dado un paso y todavía no se ha podido definir de una forma que no resulte irrisoria.

Todo el lenguaje de la psicología psiquiátrica presenta, por otra parte, el mismo *handicap*, nos hace percibir su profundo estancamiento. Decimos que se reifica tal función o tal otra, y nos damos cuenta de la arbitrariedad de esas reificaciones cuando se habla, por ejemplo en un lenguaje bleuleriano, de la discordancia en la esquizofrenia. Y cuando decimos *reificar*, tenemos la impresión de formular una crítica válida. ¿Qué quiere decir esto? No se trata en absoluto de que le reprochemos a esa psicología que convierta al hombre en una cosa. Ojalá lo hiciera, ya que éste es el objetivo de una ciencia del hombre. Pero precisamente hace de él una cosa que es, nada más y nada menos, lenguaje prematuramente congelado, que suple apresuradamente con su propia forma de lenguaje algo que está ya tejido en el lenguaje.

Lo que llamamos *formaciones del inconsciente*, lo que Freud nos presentó bajo este concepto, no es sino la captura de cierto primario en el lenguaje. Por eso lo llamó proceso primario. El lenguaje marca este primario, y por eso puede decirse que el descubrimiento de Freud, el del inconsciente, tiene su preparación en la interrogación de dicho primario en la medida en que, en primer lugar, se detectó su estructura de lenguaje.

Digo *preparación*. En efecto, quizás permitiera preparar la interrogación de eso primario introducir a una interrogación acertada de las tendencias primarias. Pero antes se ha de concretar, en primer lugar, qué se trata de reconocer, a saber, que eso primario está tejido de entrada y ante todo como lenguaje. Por eso los vuelvo a llevar hasta este punto. Esos que los seducen con la síntesis del psicoanálisis y la biología les demuestran que es manifiestamente un señuelo, no sólo porque nada en absoluto apunte en esta dirección sino porque, hasta nueva orden, prometerlo es ya una estafa.

Estamos tratando de manifestar, de proyectar, de situar ante ustedes lo que llamo la textura del lenguaje. Esto no significa que excluyamos lo pri-

mario porque sea algo distinto del lenguaje. Avanzamos, precisamente, en su búsqueda.

1

En las lecciones anteriores estábamos abordando lo que llamé la dialéctica del deseo y de la demanda.

Les dije que, en la demanda, la identificación se produce con el objeto del sentimiento. ¿Por qué es así, a fin de cuentas? Precisamente porque nada intersubjetivo podría establecerse si el Otro, con mayúscula, no habla. O también, porque es propio de la naturaleza de la palabra que sea la palabra del Otro. O también, porque es preciso que todo lo correspondiente a la manifestación del deseo primario se instale en lo que Freud, tras Fechner, llama la otra escena, y esto es necesario para la satisfacción del hombre, porque al ser un ser hablante sus satisfacciones han de pasar a través de la palabra.

Sólo con esto, ya se introduce una ambigüedad inicial. El deseo está obligado a la mediación de la palabra, y es manifiesto que esta palabra sólo tiene su estatuto, sólo se instala, sólo se desarrolla en su naturaleza, en el Otro como lugar de la palabra. Pero queda claro que no hay ninguna razón para que el sujeto se dé cuenta. Quiero decir que la distinción entre el Otro y él es la más difícil de las distinciones a establecer en el origen. Por eso Freud destacó claramente el valor sintomático de aquel momento de la infancia en que el niño cree que los padres conocen todos sus pensamientos, y explica muy bien el vínculo de este fenómeno con la palabra. Como los pensamientos del sujeto se han formado en la palabra del Otro, es completamente natural que en el origen sus pensamientos pertenezcan a dicha palabra.

Por otra parte, en el plano imaginario, entre el sujeto y el otro, no hay al principio más que un tenue lindero, un lindero ambiguo en el sentido de que se franquea. La relación narcisista está abierta, en efecto, a un transitivismo permanente, como lo demuestra también la experiencia del niño.

Estas dos formas de ambigüedad, estos dos límites, uno situado en el plano imaginario, el otro perteneciente al orden simbólico por el que el deseo se funda en la palabra del Otro, estas dos formas de franqueamiento que hacen que el sujeto se aliene, no se confunden. Por el contrario, es su

discordancia la que le abre al sujeto, como la experiencia lo demuestra, una primera posibilidad de distinguirse. Por supuesto, se distingue de la forma más particular en el plano imaginario, estableciéndose respecto a su semejante en una posición de rivalidad en relación con un tercer objeto. Pero queda todavía pendiente la cuestión de qué ocurre cuando estos sujetos son dos, a saber, cuando se trata de que el sujeto se sostenga él mismo en presencia del Otro.

Esta dialéctica confina con la llamada dialéctica del reconocimiento, que ustedes distinguen un poquito, al menos algunos de ustedes, gracias a lo que aquí hemos comunicado al respecto. Como ustedes saben, un tal Hegel buscó su mecanismo en el conflicto del goce en la vía de la lucha llamada lucha a muerte, de la que hizo salir toda su dialéctica del amo y del esclavo. Todo esto es muy importante conocerlo, pero por supuesto no cubre el campo de nuestra experiencia, y por las mejores razones. Porque hay algo muy distinto de la dialéctica de la lucha del amo y del esclavo, está la relación del niño con los padres, está precisamente lo que ocurre en el plano del reconocimiento cuando lo que está en juego no es la lucha, el conflicto, sino la demanda.

Es suma, se trata de ver cuándo y cómo el deseo del sujeto, alienado en la demanda, profundamente transformado por el hecho de tener que pasar por la demanda, puede y debe reintroducirse. Estas cosas que les digo hoy son simples.

Primitivamente el niño, en su impotencia, se encuentra completamente dependiente de la demanda, es decir de la palabra del Otro, que modifica, reestructura, aliena profundamente la naturaleza de su deseo. Esta dialéctica de la demanda corresponde aproximadamente al periodo que se llama, con o sin razón, preedípico y, seguramente con razón, pregenital. Debido a la ambigüedad de los límites del sujeto con respecto al Otro, vemos que se introduce en la demanda el objeto oral que, en la medida en que es demandado en el plano oral, es incorporado, y el objeto anal, soporte de la dialéctica del don primitivo, esencialmente vinculado en el sujeto al hecho de satisfacer o no la demanda educativa, es decir, de aceptar abandonar o no determinado objeto simbólico. En resumen, el reajuste profundo de los primeros deseos por la demanda es perpetuamente sensible en la dialéctica del objeto oral y particularmente en la del objeto anal, y de ello resulta que el Otro con el que el sujeto se enfrenta en la relación de la demanda está, a su vez, sometido a una dialéctica de asimilación, o de incorporación o de rechazo.

Entonces ha de introducirse algo distinto a cuyo través se restablece la originalidad, la irreductibilidad, la autenticidad del sujeto. Esto y ninguna

otra cosa significa el progreso que se produce en la etapa presuntamente genital. Consiste en que, instalado en la dialéctica primera, pregenital, de la demanda, el sujeto se encuentra en determinado momento con otro deseo, un deseo que hasta entonces no ha sido integrado y no es integrable sin modificaciones mucho más críticas y más profundas todavía que en el caso de los primeros deseos. Este otro deseo, como se introduce ordinariamente para el sujeto es en cuanto deseo del Otro. El sujeto reconoce un deseo más allá de la demanda, un deseo no adulterado por la demanda, lo encuentra, lo sitúa en el más allá del primer Otro a quien se dirigía la demanda, digamos, para fijar las ideas, la madre.

Lo que les estoy diciendo no es sino una forma de expresar lo que se enseña desde siempre — que es a través del Edipo como el deseo genital es asumido y acaba ocupando su lugar en la economía subjetiva. Pero sobre lo que trato de llamar su atención es sobre la función de este deseo del Otro, en la medida en que permite que la verdadera distinción entre el sujeto y el Otro se establezca de una vez por todas.

En el nivel de la demanda, hay entre el sujeto y el Otro una situación de reciprocidad. Si el deseo del sujeto depende por entero de su demanda al Otro, lo que el Otro demanda depende también del sujeto. Esto se expresa en las relaciones del niño con la madre por el hecho de que el niño sabe muy bien que tiene algo que puede rehusarle a la demanda de la madre, negándose por ejemplo a acceder a los requerimientos de la disciplina excremental. Esta relación entre los dos sujetos en torno a la demanda exige ser completada con la introducción de una dimensión nueva que hace que el sujeto sea algo distinto que un sujeto dependiente, y cuyo ser esencial lo constituye la relación de dependencia. Lo que se ha de introducir, y está presente desde el comienzo, latente desde el origen, es que más allá de lo que el sujeto demanda, más allá de lo que el Otro demanda al sujeto, se encuentra por fuerza la presencia y la dimensión de lo que el Otro desea.

Primero esto le está profundamente velado al sujeto, pero es inmanente a la situación, y es lo que poco a poco se desarrollará en la experiencia del Edipo. Es esencial en la estructura, más original y más fundamental que la percepción tanto de las relaciones entre el padre y la madre, acerca de las cuales me extendí en lo que llamé la metáfora paterna, como de cualquier punto de lo que conduce al complejo de castración, y constituye un desarrollo de aquel más allá de la demanda.

Que el deseo del sujeto se localiza y se encuentra primero en la existencia del deseo del Otro, en cuanto deseo distinto de la demanda, esto es lo

que hoy quiero ilustrarles con un ejemplo. ¿Qué ejemplo? Es exigible que sea el primero.

En efecto, si lo que planteo es verdaderamente introductorio a todo lo que se refiere a la estructuración del inconsciente del sujeto por su relación con el significante, hemos de encontrar nuestro ejemplo enseguida.

2

Ya he mencionado aquí lo que podemos señalar en las primeras observaciones de la histeria llevadas a cabo por Freud. Pasemos, pues, al momento en que Freud nos habla del deseo por primera vez.

Nos habla de él a propósito de los sueños. Hace tiempo les comenté lo que Freud extrae del sueño inaugural de Irma, el sueño de la inyección, y no voy a tomarlo otra vez. El segundo sueño es un sueño de Freud — porque también analiza algunos de sus sueños en la *Traumdeutung* —, el sueño del tío Joseph. Lo analizaré otro día, porque es muy demostrativo e ilustra muy bien, en particular, el esquema de los dos bucles entrecruzados — no hay mejor demostración de los dos pisos en los que se desarrolla un sueño, el piso propiamente significativo, que es el de la palabra, y el piso imaginario donde se encarna de alguna forma el objeto metonímico.

Tomo, pues, el tercer sueño que Freud analizó. Figura en el capítulo cuarto, "Die Traumentstellung", "La transposición del sueño". Es el sueño de aquella a quien llamaremos *la bella carnicera*.<sup>1</sup>

He aquí el sueño — *dice Freud*. Quiero dar una cena, pero como provisiones sólo tengo un poco de salmón ahumado. Quisiera ir de compras, pero me acuerdo de que es domingo por la tarde y todas las tiendas están cerradas. Pienso en telefonar a algunos proveedores, pero el teléfono está averiado. De manera que he de renunciar al deseo de dar una cena.

1. Para seguir más de cerca a Lacan optamos por una traducción *ad hoc* del texto de Freud. [N. del T.]

He aquí el texto del sueño. Freud anota escrupulosamente la forma en que se verbaliza el texto de un sueño, y siempre y únicamente a partir de esta verbalización, una especie de texto escrito del sueño, le parece concebible el análisis de un sueño.

Le respondo, naturalmente, que sólo el análisis puede decidir sobre el sentido de este sueño. *En efecto, la enferma le había replicado con este sueño diciéndole* — Usted dice que un sueño es siempre algo donde se realiza un deseo, aquí tengo las mayores dificultades para realizar mi deseo. *Freud prosigue* — Admito no obstante que parece a primera vista razonable y coherente, y todo lo contrario del cumplimiento de un deseo. Pero, ¿cuáles son los elementos de este sueño? Ustedes saben que los motivos de un sueño se encuentran siempre en los hechos de los días anteriores.

El marido de mi enferma es carnicero al por mayor; es un buen hombre, muy activo. Le dijo hace algunos días que estaba engordando demasiado y quería hacer una cura de adelgazamiento. Se levantaría temprano, haría ejercicio, se atendería a una dieta severa y no aceptaría más invitaciones a cenar. Ella añade, riendo, que su marido ha conocido, en la mesa de los habituales del restaurante donde come a menudo, a un pintor que quería a toda costa pintar su retrato porque nunca había encontrado una cabeza tan expresiva. Pero su marido había respondido, con su habitual rudeza, que se lo agradecía mucho, pero estaba persuadido de que el pintor preferiría, a todo su rostro, un pedazo del trasero de una bella muchacha. Mi enferma está actualmente muy enamorada de su marido y siempre lo está haciendo rabiar. También le ha pedido que no le dé caviar. — *¿Qué puede querer decir esto?*

En realidad desea desde hace tiempo tener cada mañana un emparejado de caviar, pero se niega este dispendio — o mejor, quizás no se concede esta licencia. Naturalmente, tendría enseguida ese caviar si se lo dijera a su marido. Pero le ha rogado, por el contrario, que no se lo dé, para poder darle más la lata a este respecto.

*Aquí, un paréntesis de Freud*. Esto me parece rebuscado. Esta clase de informaciones insuficientes esconden por lo común motivos que no se expresan. Pensemos en la manera en que los hipnotizados de Bernheim que cumplen una misión posthipnótica la explican, cuando se les preguntan las razones, con un motivo visiblemente insuficiente, en vez de responder: "No sé por qué lo he hecho". El caviar de mi enferma sería un motivo de esta índole. Advierto que está obligada a crearse, en su vida, un

deseo insatisfecho. Su sueño demuestra este deseo como realmente no colmado. Pero, ¿por qué necesitaba semejante deseo?

*Otra observación de Freud, entre paréntesis.* Lo que se le ha ocurrido hasta ahora no ha servido para interpretar el sueño. Insisto. Al cabo de un rato, como conviene cuando hay que superar una resistencia, me dice que ayer fue a visitar a una de sus amigas, de quien se siente muy celosa porque su marido siempre habla muy bien de ella. Felizmente, la amiga es flaca, y a su marido le gustan las formas redondas. ¿De qué hablaba pues esa persona flaca? Naturalmente, de su deseo de engordar. Y le preguntó: “¿Cuándo nos invitaréis otra vez? Siempre se come tan bien en vuestra casa.”

Ahora el sentido del sueño está claro. Puedo decirle a mi enferma: “Es exactamente como si le hubiera respondido mentalmente: ‘¡Sí, vamos! Voy a invitarte para que comas mucho, engordes y le gustes más todavía a mi marido. ¡Preferiría no dar ninguna comida más en mi vida!’ El sueño le dice que no puede usted dar una comida, de forma que cumple su deseo de no contribuir a hacer más bella a su amiga. La resolución tomada por su marido de no aceptar invitaciones a comer para no engordar le había indicado, en efecto, que las comidas mundanas engordan.” Ya sólo falta una concordancia que confirme la solución. Todavía no se sabe a qué corresponde el salmón ahumado en el sueño. “¿De dónde viene que evoque usted en el sueño el salmón ahumado?” — “Es, responde ella, el plato predilecto de mi amiga.” Por casualidad, conozco también a esa dama y sé que tiene con respecto al salmón ahumado el mismo comportamiento que mi enferma en relación con el caviar.

Aquí es donde Freud introduce el texto del sueño que supone otra interpretación, que entra en la dialéctica de la identificación. *Se ha identificado con su amiga. Si ella se ha dado en la vida real un deseo no realizado, es como un signo de esta identificación, es decir, en la medida en que se identifica con la otra.*

Creo que ya deben de percibir ustedes en este simple texto cómo se esboza su lineamiento. Hubiera podido abrir cualquier otra página de la *Traumdeutung* y hubiéramos encontrado la misma dialéctica. Este sueño, que ha sido el primero con el que hemos tropezado, nos mostrará la dialéctica del deseo y de la demanda, que es particularmente simple en el histérico.

Continuemos la lectura, para seguir hasta el final lo que este texto tan importante nos articula. En suma, es una de las primeras articulaciones

muy netas, por parte de Freud, de lo que significa la identificación histérica. Precisa su sentido. Salto algunas líneas para no extenderme demasiado. Freud comenta, en lo que se llama la imitación histérica, la simpatía del histérico por el otro, y critica con mucha energía la simple reducción del contagio histérico a la pura y simple imitación. *El proceso de la identificación histérica, dice, es algo más complejo que la imitación histérica tal como se suele representar, y como demostraremos con un ejemplo se debe a deducciones inconscientes. Si un médico ha puesto con otras enfermas en una habitación de hospital a un sujeto que presenta una especie de temblor, no se sorprenderá al saber que este accidente histérico ha sido imitado (...). Pero este contagio se produce más o menos de la forma siguiente. Las enfermas saben por lo general — habría que ver el peso que tiene esta observación, no quiero decir tan solo en la época en que se hizo, sino aun hoy para nosotros — más cosas las unas de las otras de lo que el médico puede saber sobre cada una de ellas, y se interesan también las unas por las otras tras la visita del médico. Observación esencial. En otras palabras, el objeto humano sigue viviendo su pequeña relación particular con el significante, incluso después de que el observador, behaviorista o no, se haya interesado en su fotografía.*

*Una de ellas ha tenido hoy su crisis, las otras saben perfectamente que una carta, recordándole sus penas de amor u otras cosas semejantes, ha sido la causa. Su compasión se conmueve, y hacen inconscientemente el siguiente examen: si esta clase de motivos acarrea esta clase de crisis, yo también puedo tener esta clase de crisis — articulación del síntoma elemental con una identificación de discurso, con una situación articulada en el discurso —, porque yo tengo los mismos motivos. Si se tratara de conclusiones conscientes, suscitarían la angustia de que se produzca la misma crisis. Pero las cosas ocurren en otro plano psíquico y conducen a la realización del síntoma temido. La identificación no es, pues, simple imitación sino apropiación debida a una etiología idéntica: expresa un “como si” debido a una comunidad que persiste en el inconsciente. El término apropiación no está del todo bien traducido. Es más bien tomado como propio.*

*La histérica se identifica preferentemente con personas con quienes ha tenido relaciones sexuales, o que tienen las mismas relaciones sexuales con las mismas personas que ella. La lengua es, por otra parte, responsable de esta concepción. Dos amantes forman uno, dice Freud.*

El problema planteado aquí por Freud es la relación de identificación con la amiga celosa. A este respecto quiero atraer su atención sobre lo si-

guiente — el deseo que encontramos desde los primeros pasos del análisis, y a partir del cual se desarrollará la solución del enigma, es el deseo como insatisfecho. En el momento de este sueño, la enferma estaba preocupada por crearse un deseo insatisfecho. ¿Cuál es la función de este deseo insatisfecho?

Leemos, en efecto, en el sueño la satisfacción de un anhelo, el de tener un deseo insatisfecho. Y lo que descubrimos con respecto a esto, es la subyacencia de una situación que es la situación fundamental del hombre entre la demanda y el deseo, a la que trato de introducirles y les introduzco efectivamente a través de la histérica, porque la histérica está pendiente de esta escisión cuya necesidad acabo de mostrarles entre la demanda y el deseo. Aquí, no puede ser más claro.

¿Qué demanda ella antes de su sueño, en la vida? Esta enferma tan enamorada de su marido, ¿qué pide? Amor, y las histéricas, como todo el mundo, demandan amor, salvo que en ellas esto es más aparatoso. ¿Qué desea? Desea caviar. No hay más que leerlo. ¿Y qué quiere? Quiere que no le den caviar.

La cuestión es precisamente saber por qué, para que una histérica mantenga un comercio amoroso que le sea satisfactorio, es necesario, en primer lugar, que desee otra cosa, y el caviar no tiene aquí otro papel más que el de ser otra cosa, y, en segundo lugar, que para que esta otra cosa cumpla bien la función que tiene la misión de cumplir, precisamente no se le dé. Lo que su marido quisiera es darle caviar, pero probablemente entonces se quedaría más tranquilo, piensa ella. Y lo que nos dice claramente Freud, es que ella quiere que su marido no le dé caviar para poder seguir amándose con locura, es decir, darse la lata, hacerse la puñeta sin cesar.

Estos elementos estructurales, aparte de que nos estemos fijando en ellos, no son tan originales, pero aquí empiezan a adquirir sentido. Lo que se expresa es una estructura que, más allá de su aspecto cómico, debe de representar algo necesario.<sup>2</sup> Y el histérico es precisamente el sujeto al que le resulta difícil establecer con la constitución del Otro como Otro con mayúscula, portador del signo hablado, una relación que le permita conservar su lugar de sujeto. Ésta es la propia definición que se puede dar del histérico. Por decirlo todo, el histérico está tan abierto o abierta a la sugestión de la palabra, que ahí tiene que haber algo.

2. *Une nécessité*. En francés, se dispone de dos significantes muy distintos: *besoin* y *nécessité*, el segundo de los cuales se refiere netamente a lo necesario, no a "las necesidades". [N. del T.]

Freud se pregunta, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, sobre la forma en que surge la hipnosis, pues su relación con el sueño está lejos de ser transparente, y el carácter electivo que la hace adecuada para determinadas personas cuando otras se oponen, se apartan radicalmente de ella, permanece enigmático. Pero todo parece indicar, sin embargo, que lo que se realiza en la hipnosis resulta posible en el sujeto debido a la pureza de determinadas situaciones, más bien diría actitudes libidinales. ¿De qué se trata? — sino de los lugares, los puestos que estamos esclareciendo. El elemento desconocido del que habla Freud gira en torno a la articulación de la demanda y el deseo. Es lo que vamos a tratar de mostrar más adelante.

Si el sujeto necesita crearse un deseo insatisfecho, es que ésta es la condición para que se constituya para él un Otro real, es decir, que no sea del todo inmanente a la satisfacción recíproca de la demanda, a la completa captura del deseo del sujeto por la palabra del Otro. Que el deseo en cuestión sea por su propia naturaleza el deseo del Otro, a esto precisamente es a lo que nos introduce la dialéctica del sueño, porque este deseo de caviar la enferma no quiere que sea satisfecho en la realidad. Y este sueño tiende indiscutiblemente a satisfacerla en relación con la solución del problema que trata de encontrar.

El deseo de caviar, ¿cómo está representado en el sueño? A través de la persona que está en juego en el sueño, la amiga con quien ella se identifica — los signos de esto último, los indica Freud. La amiga es también histérica o no lo es, no importa, todo es puro histérico-histérica. La enferma es histérica, y por supuesto la otra también lo es, tanto más fácilmente cuanto que el sujeto histérico se constituye casi por entero a partir del deseo del Otro. El deseo del que el sujeto se vale en el sueño es el deseo preferido de la amiga, el deseo de salmón, e incluso cuando no va a poder dar una comida sólo le queda eso, salmón ahumado, que al mismo tiempo indica el deseo del Otro y lo indica como algo que puede ser satisfecho, aunque sólo para el Otro. *Por otra parte, no temas, hay salmón ahumado*. Con todo, el sueño no dice que las cosas lleguen hasta el punto de dárselo a su amiga, pero la intención está presente.

Por el contrario, lo que se queda en la estacada es la demanda de la amiga, elemento genético del sueño. Le ha pedido ir a comer a su casa, donde tan bien se come y donde, además, puede encontrarse con el bello carnicero. Ese amable marido que habla siempre tan bien de la amiga, él también ha de tener su pequeño deseo en la trastienda, y el trasero de la joven mencionado con tanta prontitud a propósito de la gentil proposición del pintor que quisiera hacer un boceto, dibujar su cara tan interesante, tan

expresiva, está ahí sin duda para demostrarlo. Por decirlo todo, cada cual tiene su pequeño deseo más allá, tan solo está más o menos intensificado.

Pero, en el caso específico del histérico, el deseo como más allá de toda demanda, es decir, en tanto que ha de ocupar su función en calidad de deseo rehusado, desempeña un papel de primerísimo orden. Nunca comprenderán ustedes nada de una o un histérico si no parten de este primer elemento estructural. Por otra parte, en la relación del hombre con el significante la histérica es una estructura primordial. Por poco que hayan llevado lo bastante lejos con un sujeto la dialéctica de la demanda, encontrarán siempre en un punto de la estructura la *Spaltung* de la demanda y el deseo, a riesgo de cometer grandes errores, es decir, que el enfermo se vuelva histérico, pues todo lo que analizamos ahí es, por supuesto, inconsciente para el sujeto. Dicho de otra manera, el histérico no sabe que no puede ser satisfecho dentro de la demanda, pero es muy esencial que ustedes lo sepan.

Estas indicaciones les permitirán empezar a concretar ahora lo que quiere decir el pequeño diagrama que les hice la última vez y cuya interpretación era algo prematuro darles entonces.

Ya lo hemos dicho, lo que se manifiesta como una necesidad ha de pasar por la demanda, es decir, dirigirse al Otro. En el lado opuesto se produce un encuentro, o no se produce, que ocupa el lugar del mensaje, o sea lo que es significado del Otro. Se produce finalmente esa secuela de la demanda, consistente en la alteración de lo que se manifiesta en el estado todavía no informado del deseo del sujeto, y que se manifiesta en principio en la forma de la identificación del sujeto. La próxima vez lo retomaré con el texto de Freud en mano y verán ustedes que la primera vez que habla de forma completamente articulada de la identificación — pueden leerlo ya si están de humor —, la identificación primitiva está articulada como aquí se lo señalo y de ninguna otra manera.

Ustedes saben, por otra parte, que a lo largo del camino donde se introduce el cortocircuito narcisista existe ya una posibilidad, una apertura, un esbozo de tercero en la relación del sujeto con el otro.

Lo esencial de lo que les he planteado al describirles la función del falo es que es aquel significante que marca lo que el Otro desea, en cuanto él mismo, como Otro real, Otro humano — forma parte de su economía estar marcado por el significante. Es esta fórmula precisamente la que estamos estudiando. Precisamente en la medida en que el Otro está marcado por el significante, el sujeto puede — y sólo así puede, a través de este Otro — reconocer que él también está marcado por el significante. Es decir, que siempre

queda algo más allá de lo que se puede satisfacer por intermedio del significante, o sea, a través de la demanda. Esta escisión producida en torno a la acción del significante, ese residuo irreductible vinculado con el significante tiene también su propio signo, pero dicho signo se identificará con aquella marca en el significado. Ahí es donde el sujeto tiene que dar con su deseo.

En otros términos, el sujeto reconocerá su deseo tachado, su propio deseo insatisfecho, en la medida en que el deseo del Otro está tachado. En este deseo tachado por intermedio del Otro se produce el encuentro del sujeto con su deseo más auténtico, a saber, el deseo genital. Por esta razón el deseo genital lleva la marca de la castración, dicho de otra manera, de determinada relación con el significante falo. Son dos cosas equivalentes.

Primero encontramos lo que responde a la demanda, es decir, en una primera etapa, la palabra de la madre. Esta misma palabra tiene una relación con la ley que está más allá y que, como les he mostrado, es encarnada por el padre. Esto es lo que constituye la metáfora paterna. Pero con toda la razón tienen derecho a pensar que no todo se reduce a ese escalonamiento de la palabra, y creo que esta especie de falta tuvo que dejarles algo que desear también a ustedes cuando se la expliqué.

En efecto, más allá de la palabra y de la súper-palabra, de la ley del padre comoquiera que se la llame, algo muy distinto resulta exigible. A este título se introduce, y naturalmente en el mismo nivel donde se sitúa la ley, ese significante electivo, el falo. En condiciones normales, se sitúa en un segundo nivel del encuentro con el Otro. Es lo que, en mis pequeñas fórmulas, les he llamado  $S(A)$ , el significante de A tachado. Se trata con toda precisión de lo que acabo de definir como la función del significante falo, a saber, la de marcar lo que el Otro desea en cuanto marcado por el significante, es decir, tachado.

¿Dónde está el sujeto? Cuando ya no se trata del sujeto ambiguo, al mismo tiempo perpetuamente sometido en la palabra del Otro y capturado en la relación especular, dual, con el otro con minúscula, sino del sujeto constituido, terminado, de la fórmula en forma de Z, es el sujeto en tanto que se ha introducido la barra, o sea, él mismo está también marcado en alguna parte por la relación del significante. Por eso lo encontramos aquí, en  $(S \diamond D)$ , donde se produce la relación del sujeto con la demanda propiamente dicha.

¿Cómo explicar la etapa necesaria en la que se realiza normalmente la integración del complejo de Edipo y el complejo de castración, a saber, la estructuración a través de ambos del deseo del sujeto? ¿Cómo se produce esto? Lo encontrarán desarrollado en este diagrama. Es por mediación del sig-

nificante falo como se introduce el más allá de la relación con la palabra del Otro. Pero, por supuesto, tan pronto está constituido no permanece en este lugar sino que se integra en la palabra del Otro y va a ocupar su lugar, con todo su séquito, más acá, en el lugar primitivo de la relación de la palabra con la madre. Aquí es donde desempeña su papel y asume su función.

En otros términos, este más allá, que hemos planteado en la medida en que tratamos de delimitar las etapas necesarias para la integración de una palabra que le permita al deseo encontrar su lugar para el sujeto, permanece inconsciente para el sujeto. En adelante es aquí donde se desarrolla para él la dialéctica de la demanda, sin que sepa que esta dialéctica sólo es posible si su deseo, su verdadero deseo, encuentra su lugar en una relación, que para él permanece inconsciente, con el deseo del Otro. En resumen, normalmente estas dos líneas se intercambian.

Por el solo hecho de que deban intercambiarse, se producen en el ínterin toda clase de accidentes. Estos accidentes, los encontraremos bajo formas diversas. Hoy quiero indicarles tan solo los elementos de carencia que se encuentran siempre en el histérico.

3

Tomemos el caso Dora.

En ella, vemos producirse en estado puro el deseo del Otro, y nos resulta tangible por qué falta una parte de la batería de elementos. No se habla en absoluto de la madre. Tal vez han advertido ustedes que está del todo ausente en el caso. A quien ha de hacer frente Dora es a su padre. El amor que quiere es el de su padre.

Hay que decirlo — antes del análisis está muy bien equilibrada, la vida de Dora. Hasta el momento en que estalla el drama, ha encontrado una solución muy feliz para sus problemas. Es a su padre a quien se dirige la demanda, y las cosas van muy bien porque su padre tiene un deseo, tanto mejor cuanto que este deseo es un deseo insatisfecho. Dora, Freud no nos lo disimula, sabe muy bien que su padre es impotente y que su deseo por la Sra. K es un deseo tachado.

Pero lo que también sabemos nosotros — Freud sólo llegó a saberlo un poco demasiado tarde — es que la Sra. K es el objeto del deseo de Dora, porque es el deseo del padre, el deseo tachado del padre.

Una sola cosa es necesaria para el mantenimiento de este equilibrio, que Dora consiga realizar en alguna parte una identificación de sí misma que le proporcione equilibrio y le permita saber dónde está, y ello en función de su demanda que no está satisfecha, su demanda de amor a su padre. Esto se sostiene así mientras hay un deseo, un deseo que no puede satisfacerse, ni para Dora ni para su padre.

Todo ello depende del lugar donde se produce la identificación llamada del Ideal del yo. Como ustedes ven en el esquema, normalmente se produce siempre tras el doble franqueamiento de la línea del Otro, en  $I(A)$ . En el caso Dora es parecido, salvo que el deseo del padre está representado, por la segunda línea. Después del doble franqueamiento de las dos líneas, se realiza aquí, en  $(\mathcal{S} \diamond a)$ , la identificación de la histérica. No se trata de una identificación con el padre, como ocurre cuando el padre es pura y simplemente aquel a quien se dirige la demanda. No lo olviden, ahora hay un más allá, y esto le va muy bien a la histérica para su satisfacción y su equilibrio. La identificación se produce con un otro con minúscula que, por su parte, está en posición de satisfacer el deseo. Se trata del Sr. K, el marido de la Sra. K, esa Sra. K tan seductora, tan encantadora, tan resplandeciente, el verdadero objeto del deseo de Dora. La identificación se produce aquí porque Dora es una histérica y, en el caso de un histérico, el proceso no puede ir más lejos.

¿Por qué? Porque el deseo es el elemento encargado, él solo, de ocupar el lugar del más allá jalonado por la posición propia del sujeto con respecto a la demanda. Como es una histérica, no sabe lo que demanda, simplemente tiene necesidad de que en alguna parte haya deseo más allá. Pero para que, este deseo, ella pueda apoyarse en él, consumarse en él, encontrar en él su identificación, su ideal, es preciso al menos que aquí, en el más allá de la demanda, haya un encuentro que le permita descansar, situarse en esta línea, y ahí es donde interviene el Sr. K, en quien, como es evidente en toda la observación, encuentra a su otro en el sentido del  $a$  minúscula, aquel en quien se reconoce.

Por esta razón, precisamente, está extremadamente interesada en él, hasta el punto de engañar a su entorno en un primer momento — o sea, Freud cree que ama al Sr. K. No lo ama, pero le es indispensable, y le es mucho más indispensable que él desee a la Sra. K. Como se lo he señalado ya cien veces, esto queda archidemostrado por el hecho de que la circulación queda completamente cortocircuitada, y Dora recae con respecto a  $a$  minúscula en la situación de desencadenamiento agresivo que se manifiesta mediante una bofetada formidable. Es el furor contra el otro como seme-

jante que, siendo tu semejante, te arrebatara pura y simplemente tu existencia. La frase fatal que le dice el Sr. K — no sabe nada de lo que dice, el pobre infeliz, no sabe que sostiene la identificación de Dora —, a saber, que su mujer no es nada para él, es precisamente lo que Dora no puede tolerar. No puede tolerarlo, ¿por qué?

Con toda razón se puede decir, aunque es algo incompleto, que Dora está manifiestamente estructurada de forma homosexual, tanto como puede estarlo una histérica. Tras lo que le dice el Sr. K, normalmente debería estar muy contenta. En absoluto, precisamente esto es lo que desencadena su furia, porque en ese momento se hunde su bella construcción histérica de identificación con la máscara, con las insignias del Otro, en concreto con las insignias masculinas rebosantes que le ofrece el Sr. K, y no su padre. Vuelve entonces a la demanda pura y simple, a la reivindicación del amor de su padre, y entra en un estado casi paranoico cuando se concibe como lo que ella es mucho más objetivamente para su padre, o sea como un objeto de intercambio, alguien que entretiene al Sr. K mientras él, su padre, puede ocuparse de la Sra. K. Por muy en vano que sea, con eso le basta, y ustedes ven perfectamente en este caso la propia función del deseo.

Después de la frase del Sr. K, nuestra histérica aterriza otra vez<sup>3</sup> y vuelve al nivel completamente primitivo de la demanda. Exige pura y simplemente que su padre sólo se ocupe de ella, que le dé amor, dicho de otra manera, de acuerdo con nuestra definición, todo lo que no tiene.

Lo que hoy acabo de hacerles es un primer pequeño ejercicio con la barra para tratar de mostrarles qué sentido tiene la relación entre el deseo y la demanda. A medida que se habitúen, esto nos permitirá ir mucho más lejos y con mucha más seguridad.

30 DE ABRIL DE 1958

3. *Retombe de haut. Tomber de haut* es una expresión que se utiliza para significar que alguien de pronto se da cuenta de la cruda realidad. En este caso, sin embargo, también parece aludir a los distintos niveles del grafo. [N. del T.]

LOS SUEÑOS DE "AGUA MANSADA"

*La Sra. Dolto y el falo*  
*La blusa de una histérica*  
*Lo incondicionado de la demanda de amor*  
*La condición absoluta del deseo*  
*El Otro convertido en objeto del deseo*

Partiremos de la actualidad tal y como pudieron apreciarla aquellos de ustedes que asistieron ayer por la noche a la comunicación científica de la Sociedad. De eso precisamente tratamos de hablar también nosotros.

1

En la perspectiva que nos planteaban, la relación heterosexual demostraba ser esencialmente formadora. Era en suma un dato de partida de la tensión evolutiva entre los padres y el niño. Desde otra perspectiva, en la que se encuentra nuestro punto de partida, esto es precisamente lo que está en cuestión — la relación heterosexual entre los seres humanos, ¿es algo tan simple?

En verdad, si nos atenemos a una experiencia inmediata, no lo parece. Si fuese simple, debería constituir en el interior del mundo humano una serie de islotes de armonía, al menos para quienes hubieran conseguido eliminar la maleza. Al parecer, hasta ahora no podemos considerar que una voz común de los analistas — pero, después de todo, ¿acaso hay necesidad de invocar a los analistas para eso? — se ponga de acuerdo en nada salvo en decir que ni siquiera cuando llega a ser completa, la relación heterosexual deja de presentarse para el hombre como algo inestable, pues lo menos que se puede decir es que en ello reside todo su problema. Tomemos los escritos de Balint, por ejemplo, que se centran bastante en esto, pues constituye el título de su recopilación *Genital love* — en ellos se com-